

SERMÓN UNO - EL MEMORIAL DE LA CREACIÓN

«Por la fe entendemos que los mundos fueron preparados por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no aparecía.» (Hebreos 11:3)

El undécimo capítulo de Hebreos es un registro de las poderosas obras de la fe. A la cabeza misma de la lista, el apóstol sitúa el acto de comprender una gran verdad. Esa verdad es la declaración de que Dios formó los mundos a partir de material que no existía previamente. El acto creador es la más alta manifestación de poder omnipotente que podemos concebir. No podemos elevar nuestra mente para comprender cómo tal obra es posible, ni siquiera para un poder infinito.

La vista más grandiosa en la naturaleza es la de los cielos estrellados en una noche clara. De un solo vistazo, el ojo abarca la hueste celestial, o más bien, lo que de esta hueste es visible para un espectador de pie sobre nuestra tierra. Estos son los mundos que Dios ha hecho. Pero si pudiéramos ser trasladados unos seis mil años atrás en el pasado, y desde ese punto contempláramos el vasto abismo del espacio ahora salpicado de estrellas celestes, ¿qué veríamos? Una nada absoluta. La hueste celestial no existía entonces. Nuestra propia tierra no había surgido a la existencia. La vasta infinidad del espacio era literalmente, como expresa Job, «el vacío» y lo que lo llenaba era «nada». (Job 26:7). Una oscuridad total y profunda cubría el gran vacío. Incluso los materiales que posteriormente formaron los mundos no existían.

Pero el momento llegó por fin, el cual, en los designios de la Sabiduría infinita, había sido fijado para el gran acto creador. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). «Él habló, y fue hecho; Él mandó, y existió.» «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6,9). Cuando el Creador hubo hablado así, cada elemento que se propuso usar para formar los mundos surgió a la existencia. Pero ahora existía el caos como primer resultado de la obra del Creador. La condición de nuestro mundo en el momento de su creación puede, sin duda, aceptarse con

seguridad como la condición real de todos los mundos que surgieron a la existencia en el mismo instante y en obediencia al mismo mandato. Y así leemos de nuestro globo: «Y la tierra estaba sin orden y vacía.» (Génesis 1:2). Sus materiales ahora existían, pero no tenían orden. Estaban sin forma, una fuerte indicación de que incluso la gravitación no existía en el momento de su creación; de lo contrario, habría dado inmediatamente a la tierra una forma globular. Y la tierra estaba vacía, es decir, desprovista de criaturas vivientes e incluso de plantas vivas. La oscuridad reinaba suprema. Ni un solo rayo de luz se mezclaba con su total negrura.

«Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.» (Génesis 1:2). Y ahora la tierra, cediendo a la ley de la gravitación, se convierte en una esfera, o globo, y, como consecuencia de esto, toda su superficie queda cubierta de agua, una condición que permaneció inalterada hasta el tercer día. «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.» (Génesis 1:3). Este es el siguiente paso en la obra del Creador. Cómo Dios dio existencia a la luz está más allá de nuestra comprensión. Pero lo hizo, y nunca ha dejado de existir. Y ahora separa la luz de la oscuridad. Llama al uno día y a la otra noche. Esta es la razón por la que en el orden divino la noche marca la primera división de las veinticuatro horas. Y Moisés nos dice que la tarde y la mañana, es decir, la noche y el día, fueron el primer día. Esta es una prueba decisiva de que los días del registro mosaico eran tales días como los que constituyen una tarde y una mañana, es decir, días de veinticuatro horas. De lo contrario, el registro es completamente poco fiable y está calculado para engañar. Si se objeta que un día de veinticuatro horas es inadecuado para la obra del primer día del tiempo, la respuesta es que esto es cierto, si la obra de la creación se considera obra de la naturaleza; porque si la naturaleza tuviera que crearse a sí misma, toda la eternidad sería insuficiente para la obra. Pero si un Creador infinito llamó a los mundos a la existencia de la nada, y los formó de materiales que antes no existían, entonces el período de veinticuatro horas fue bastante adecuado para la obra del primer día del tiempo.

Lo siguiente en el orden de la obra de la creación fue el acto de dar existencia a nuestra atmósfera. El firmamento, o cielo, que divide las aguas de las aguas, es

el aire. Es en este en el que las aves vuelan sobre la tierra. (Génesis 1:20). Las aguas sobre el firmamento son las nubes. Las aguas bajo el firmamento son las que están sobre nuestra tierra. En el momento en que se creó nuestra atmósfera, toda la faz de la tierra era agua, pues no fue hasta el día siguiente que apareció la tierra seca. Siendo la atmósfera más densa que las nieblas y vapores que forman las nubes, estas son elevadas por ella. Dios llamó a este firmamento, o atmósfera, cielo. Es el primer cielo, o atmosférico, que fue así creado. Y ahora, terminado el segundo día, Moisés nos dice qué clase de día fue: «Y fue la tarde y la mañana el día segundo.» (Génesis 1:8). Fue, por lo tanto, un día como los que constituyen la noche y el día, es decir, fue un día de veinticuatro horas.

Creada la atmósfera, y levantándose la niebla y el vapor de la faz de las aguas, el Creador hace luego aparecer la tierra seca. «Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco; y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares; y vio Dios que era bueno.» (Génesis 1:9,10). La superficie de la tierra fue ahora cambiada por el poder inmediato del Creador. Una porción fue deprimida para recibir las aguas que cubrían la tierra, y otra porción, más grande, fue elevada sobre las aguas para constituir la tierra seca. Probablemente una porción muy grande del agua fue almacenada dentro de la propia tierra, de donde salió en el tiempo del diluvio, cuando las fuentes del gran abismo fueron rotas.

Y ahora, habiéndose formado la tierra seca, y habiéndose ya creado la atmósfera y la luz, Dios llena la tierra de vida vegetal. Y Dios hizo que la tierra produjera hierba, y hierbas, y árboles. Y al cierre del tercer día se nos certifica de nuevo que el día estuvo compuesto de una tarde y una mañana, es decir, que fue un día de veinticuatro horas. (Génesis 1:13).

En el cuarto día, Dios hizo que el sol, la luna y las estrellas aparecieran como portadores de luz en los cielos. Con esto no debemos entender que estos cuerpos celestes fueron creados este día; porque sin duda fueron incluidos en la obra de la creación de «los cielos» el primer día. Como la tierra durante los tres primeros días sufrió una gran transformación, podemos concluir razonablemente que una obra similar se llevó a cabo en los cuerpos celestes durante ese tiempo. Y así,

cuando llegó el cuarto día, estaban listos para ser hechos portadores de luz para la tierra. Y en ese punto, Dios les dio la función de dar luz a la tierra y de medir el tiempo para sus habitantes. Y ahora, por cuarta vez, Moisés nos asegura que estos días de la creación estuvieron compuestos de día y noche; en otras palabras, fueron días como los que ahora tenemos. Y esto se confirma de manera más sorprendente en el hecho de que días como los que Génesis 1 presenta, nos informa que estuvieron sujetos al gobierno del sol —una prueba suficiente de que los días de ese capítulo son las divisiones naturales del tiempo, y no vastos e indefinidos períodos de cuya duración no podemos tener ninguna concepción—. (Génesis 1:14-19).

En el quinto día, Dios pobló las aguas con toda variedad de peces, e hizo que abundancia de aves volaran en el abierto firmamento del cielo. Y Dios se complació con la obra que sus manos habían hecho. Y, por quinta vez, se nos dice que el día estuvo compuesto de tarde y mañana, o noche y día, una expresión que no puede explicarse de otra manera que según su sentido simple y obvio, de que se pretendía un día de veinticuatro horas. (Génesis 1:20-23).

La obra del sexto día fue crear las bestias del campo y toda clase de animales que se mueven sobre la faz de la tierra. Y cuando esta gran obra fue así perfeccionada, por último, creó al hombre a su propia imagen, y lo hizo señor sobre todas sus obras. La tierra estaba llena de la bendición de Dios. Y el Creador examinó todo lo que había hecho, y, he aquí, que era muy bueno. Y de nuevo el Espíritu Santo da el tipo de tiempo usado en este registro: «Y fue la tarde y la mañana el día sexto;» (Génesis 1:31), es decir, el sexto día fue un día compuesto de día y noche, como los días que ahora tenemos. «Así fueron terminados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos.» (Génesis 2:1). ¡Cuán vasta fue la obra de estos seis días! Antes de que comenzara, la infinidad del espacio era simplemente un abismo de oscuridad, sin nada en él de lo cual formar las obras de la creación. Cuando los seis días terminaron, un número infinito de mundos había surgido a la existencia. Dios los había formado de cosas que antes no existían. Comprender esta gran verdad en un acto de fe es lo que Pablo sitúa con estricta propiedad a la cabeza de su lista de las poderosas obras de la fe.

El salmista nos dice que «Grandes son las obras de Jehová, Buscadas de todos los que en ellas se complacen.» Y añade: «Ha hecho memorables sus maravillas.» (Salmos 111:2,4). Ciertamente, la mayor de todas sus obras, y la que supera a cualquier otra en su manifestación de poder infinito, es la creación de los cielos y la tierra. Esta es la más maravillosa de todas las obras de sus manos. Esta gran obra es digna de ser buscada por todos los que en ella se complacen. Dios obró esta maravillosa obra para que fuera recordada; es decir, Él diseñó que los hombres que deben su existencia a la creación de los cielos y la tierra, o la humanidad sobre la tierra, nunca olvidaran que Él había realizado esta obra y que Él era su Creador. De hecho, es a este gran hecho al que Él apela para distinguirse de todos los dioses falsos. Y así habla por medio de Jeremías: «Así les diréis: Los dioses que NO HICIERON LOS CIELOS NI LA TIERRA, perecerán de la tierra y de debajo de estos cielos.» (Jeremías 10:11). Pero Él habla así de sí mismo: «Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno... ÉL HIZO LA TIERRA con su poder, estableció el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia.» (Jeremías 10:10,12).

Uno de los actos de fe más elevados es comprender la existencia de un Ser increado que ha llamado a la existencia, de la nada, una hueste infinita de mundos. Para creer esta gran verdad, que Pablo convierte en un acto de fe tan prominente, debemos dar crédito al testimonio de las Escrituras; porque él nos dice que «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17). Pero la fe sin obras es muerta, estando sola. Ningún ser humano puede tener una fe teórica tan perfecta en esta gran verdad como la tiene Satanás. Pero su fe en ella no le es de beneficio alguno. Si nuestra fe en esta verdad cardinal de la revelación es de mayor valor para nosotros que la fe de Satanás para sí mismo, debe producir ciertos actos de obediencia mediante los cuales se manifieste nuestro amor por la verdad que creemos. Y así expone el apóstol Santiago el caso: «Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?» (Santiago 2:19,20).

«Por la fe entendemos que los mundos fueron preparados por la palabra de Dios.» (Hebreos 11:3). Pero, ¿mediante qué acto de obediencia manifestamos nuestro amor por esta gran verdad? ¿Y mediante qué buena obra demostramos que nuestra fe en la creación de los cielos y la tierra no es una fe muerta? Si Dios hizo sus obras maravillosas para que fueran recordadas, ¿cómo hemos de recordar a nuestro Creador? Si la creación de los cielos y la tierra distingue al Dios verdadero de todos los dioses falsos, ¿mediante qué actos hemos de preservar en nuestra mente la memoria de esta obra de poder infinito?

Para responder a estas preguntas, solo tenemos que volver al registro de la creación en Génesis 1 y 2. El final del sexto día fue testigo de la perfección de la obra del Creador. Él examinó todas las obras de sus manos, y he aquí que todas eran muy buenas. Con el comienzo del séptimo día, la obra de creación de Dios cesó. Y así leemos: «Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.» (Génesis 2:2,3).

El registro nos dice lo que Dios hizo el séptimo día tan claramente como relata lo que hizo en los seis días de la creación que lo precedieron. Su obra fue realizada en seis días. El séptimo día reposó de esa obra. No reposó por cansancio, porque el Creador de los cielos y la tierra no puede cansarse. (Isaías 40:28). Él hizo del séptimo día su día de reposo para establecer un memorial eterno de su obra creadora. Porque cuando hubo reposado en el día, lo bendijo y lo santificó. Bendijo el séptimo día porque había reposado en él, lo que demuestra que el día de reposo de Dios ya había pasado cuando bendijo el séptimo día. No bendijo el día porque iba a reposar en él, sino porque ya había reposado en él. Así es evidente que la bendición fue puesta sobre el séptimo día para el tiempo venidero en honor de lo que Dios había hecho en ese día. Y así también con respecto a la santificación del séptimo día. Dios lo santificó porque había reposado en él. No santificó el día porque se propusiera reposar en él, sino porque había reposado en él. La santificación no puede colocarse sobre un día después de que este haya dejado de existir. Y por lo tanto, Dios no santificó el

primer séptimo día del tiempo porque lo hubiera hecho su día de reposo, pues cuando así había reposado, el día había expirado; sino que santificó el séptimo día para el tiempo venidero, en memoria de su propio reposo en ese día de la obra de la creación.

Santificar es apartar o designar para un uso santo. Y aquí aprendemos, al principio mismo de la Biblia, que Dios designó el séptimo día para un uso santo. Lo hizo porque en él había reposado de toda su obra. Así es incontestable que el séptimo día fue designado para un uso santo con el fin de que se recordara el reposo de Dios de la creación. Y esta designación debe haber sido hecha a Adán y Eva, porque ellos eran quienes tenían los días de la semana para usar. El hecho, por lo tanto, es innegable que Dios mandó a Adán apartar el séptimo día para el reposo sagrado en memoria de su propio reposo en ese día.

Aquí, pues, encontramos el memorial de la creación de los cielos y la tierra. El séptimo día fue apartado para un uso santo porque Dios había reposado en él de toda su obra que creó y hizo. Así, la creación que llamó a los elementos a la existencia, y la formación de la tierra a partir de esos elementos, se distinguen aquí una de otra, y ambas están incluidas en el reposo conmemorativo. Él reposó de los seis días de la creación. Dios hizo que sus obras fueran recordadas; y tan pronto como su obra estuvo completa, estableció un memorial duradero de esa obra. Él santificó cada séptimo día, para que el hombre recordara a Dios, su creador. Y para que el hombre pudiera comprender la gran verdad de que Dios, en su poder infinito, habló a la existencia, de la nada, los cielos y la tierra, había ordenado, desde el principio mismo, un gran acto de obediencia por el cual su fe en esa verdad sería declarada, y su amor por ella manifestado. La observancia del día de reposo del Creador es ese acto de obediencia por el cual declaramos nuestra fe en Dios como el creador de los cielos y la tierra.

Profesarse fe en Dios como el creador de todas las cosas, y no prestar atención al memorial que Él ordenó para mantener la obra de la creación en recuerdo duradero, es tener, a este respecto, una fe muerta. Así, profesamos conocer a Dios; pero en obras lo negamos. Tenemos fe sin obras. Nuestra fe en el único Dios, quien, por su poder soberano, formó los mundos de materiales que antes no

existían, es como la fe de los demonios, una fe muerta, porque ese gran acto de obediencia que fue ordenado para expresar esa fe, no lo realizamos. Y no debemos pensar que no hay necesidad de este esfuerzo para mantener la fe en el único Dios que en seis días creó los cielos y la tierra, y reposó en el séptimo.

El mundo está lleno de ateísmo. El Sábado es el gran baluarte contra ese error fatal. Su observancia por el pueblo de Dios es una protesta solemne contra el ateísmo y una confesión pública, mediante obras que corresponden a su fe, de que creen el registro de la creación de los cielos y la tierra. El ateo no tiene fe en el registro de la creación. Para él, el día de reposo del Creador carece de toda importancia. Pero, con los hombres que creen el registro bíblico de la creación, el caso es diferente. Confiesen su fe en los seis días de la obra del Creador, y en su reposo en el séptimo, y que Él apartó el día porque había reposado en él. Si sus obras corresponden a su fe, respetarán el día de reposo del Señor. ¿Puede el cristiano, que cree el registro de la creación, y el ateo, que niega la existencia del Creador mismo, actuar ambos de la misma manera al despreciar el día de reposo del Señor? Véase al creyente en el registro de los primeros siete días del tiempo. Cuando llega el séptimo día, que el Creador apartó en memoria de su propio reposo en ese día, deja a un lado todo trabajo y descansa de toda su obra. Todo el mundo entiende el acto. Pero el ateo continúa sus labores como en otros días. Sus obras son consistentes con su incredulidad. Pero ¿qué se dirá de aquellos cristianos que imitan en sus obras la conducta del ateo? Ciertamente, la observancia del día de reposo del Creador es el acto de obediencia adecuado por el cual manifestamos nuestra fe en Dios como el creador. Y sea cual sea la intención, la violación del día de reposo del Señor es ateísmo práctico.

Dios apartó el séptimo día en el Paraíso. Esto prueba que la observancia del Sábado no es una ordenanza carnal, porque fue instituida antes de que el pecado entrara en nuestro mundo. No fue ordenada para conmemorar la huida de Israel a Egipto, pues los hijos de Israel no huyeron de Egipto hasta más de dos mil años después de esto. No fue una institución ordenada para los judíos, porque comenzó con la raza humana, y así precedió la existencia del pueblo hebreo por muchas edades. Pero el hecho más notable que aparece en este registro es que

este memorial era necesario incluso en el jardín de Dios. Aunque el hombre podía conversar con Dios cara a cara, cada semana, mediante el acto más impresionante, Adán era llamado a recordar y reconocer a Dios como su creador. El día de reposo de Dios fue apartado, no como un mero descanso del trabajo agotador, porque Adán tenía casi tan poca ocasión para descansar del cansancio en el Paraíso como el Creador de su obra de poder infinito, sino como un día en que el hombre debía desistir de todo lo demás y pensar en Dios.

E incluso la misma manera de esta observancia estaba exactamente calculada para traer a la memoria el gran hecho que distinguía a Dios de todos los demás seres, a saber, el hecho de que Él había creado los cielos y la tierra. Él debía reposar como Dios reposó, y en el mismo día en que Él reposó. Y al hacerlo así, Dios, su creador, nunca podría ser olvidado, ni la relación que Dios sostiene con todos los demás seres y con todas las cosas, desaparecería jamás de la mente. Fue un día de adoración en el sentido más elevado, en que le recordaba al hombre su relación con Dios y mantenía vívidamente ante la mente los grandes hechos respecto al origen de todas las cosas. El hombre debía reposar ese día, no porque necesitara especialmente descanso por cansancio, ni porque el descanso en un determinado día de la semana esté mejor calculado para darle alivio que el descanso en algún otro día. Sino que debía reposar en memoria de lo que el Creador hizo, para que no olvidara su infinita obligación hacia ese gran Ser que le había dado la existencia.

El registro en (Génesis 2:1-3) es digno de nuestra más cuidadosa atención por la notable claridad, brevedad y ausencia de ambigüedad que lo caracterizan.

1. Es cierto que Dios reposó el primer séptimo día del tiempo.
2. Que no bendijo y santificó el día porque fuera a reposar en él, sino porque ya había reposado en él.
3. Y por lo tanto, no fue el primer séptimo día del tiempo el que Él bendijo y apartó, porque este ya había expirado cuando Él realizó estos actos.
4. Y así es evidente que la bendición y la santificación se relacionaban con el séptimo día para el tiempo venidero.

5. Esto se hizo porque Dios había reposado en ese día, mostrando que fue en memoria de ese evento.

6. Dios puso su bendición en el día, haciéndolo así un día más precioso que cualquier otro.

7. Designó el día para un uso santo, haciéndolo así obligatorio para Adán y su posteridad observarlo.

8. Y también debe observarse que Él no bendijo la institución del Sábado, ni la santificó como algo móvil que pudiera ser colocado en un día u otro, según conviniera a las circunstancias. Nada se dice de una institución del Sábado. Dios reposó el séptimo día. Dios bendijo el séptimo día. Dios apartó el séptimo día para un uso santo.

9. Esto, de hecho, hizo el Sábado. O, si el lector elige usar la expresión, esto fue el establecimiento de la institución del Sábado. Pero el séptimo día fue el recipiente de todas las cosas que Dios confirió. El reposo, la bendición y la santificación, le pertenecían solo a él. Cuando, por lo tanto, se toma otro día, cada elemento que constituye el Sábado queda fuera de la cuenta y se pierde. Cuando se toma otro día, obtenemos aquello en lo que Dios nunca reposó; y como Él bendijo el séptimo día porque había reposado en él, cuando tomamos algún otro día además del día de reposo de Dios, tomamos un día que Dios no ha bendecido. Como Él santificó el día en que reposó, y que por esa razón había bendecido, cuando tomamos uno de los seis días que Dios empleó en la obra de la creación, tomamos un día que no tiene ni un solo elemento de la institución del Sábado. Ciertamente, solo hay siete días en la semana. Los primeros seis días Dios no reposó. El séptimo día sí reposó. Estos hechos nunca podrán cambiarse. No podemos colocar la bendición y la santificación en ningún día excepto en el día de reposo de Dios, porque le son conferidas debido a ese reposo. Y no podemos cambiar el reposo del día en que reposó a uno en el que trabajó en la creación. Ni siquiera la Omnipotencia puede hacer esto. Y así, el séptimo día definido se destaca con la máxima claridad.

No se puede, por lo tanto, negar, excepto haciendo violencia a la narración sagrada, que la creación de los cielos y la tierra fue inmediatamente seguida por el establecimiento de un memorial divino de ese gran evento. Y es evidente que este memorial debe observarse como un acto de obediencia mediante el cual nuestra fe en la creación de los cielos y la tierra se demuestra como una fe viva. Aquellos que profesan fe en esta gran verdad, reconocen con ello la obligación de manifestar esa fe observando el memorial ordenado por el Creador para ese mismo propósito. Aquellos que descuidan este memorial, convierten su fe en esta doctrina fundamental de la Biblia en una fe muerta. El gran baluarte de Dios contra el ateísmo nunca fue tan necesario como en los últimos días de la historia de nuestro mundo. Hemos descendido unos seis mil años desde el Paraíso. La oscuridad ahora cubre la tierra, y densa oscuridad a los pueblos. Ciertamente, una institución que era necesaria en el Paraíso, cuando el hombre conversaba cara a cara con Dios, es mil veces más necesaria en estos días de terrible apostasía y ateísmo. Todavía no hemos dejado de estar bajo una obligación sagrada con el Creador todopoderoso, y es en el más alto grado apropiado que nosotros, mediante la observancia de esa institución que Él ha ordenado para ese mismo propósito, reconozcamos humildemente esa obligación.